

ordenado y de base clásica, y en señalados puntos, reminiscencia de sus relaciones con el Parnaso inglés. Un profano,—y profanos ilustrados, que los hay,—confundiría tales redondillas con la manera de Campoamor, pongo por ejemplo; pero la personalidad se descubre en seguida por la comparación, por el inesperado adjetivo, por un hervor de tierra cálida y un relámpago que en seguida se revelan.

Callo, y entiendo, y me quito
la pompa del rimador:
cuelgo de un árbol marchito
mi muceta de doctor.

Habla de su saber, de su conocimiento de las ciencias y letras de los hombres y dice que a eso prefiere la caricia del aire fresco del monte; y continúa, casi como en un *pautum*, los versos en que eso declara. Así en otros que siguen:

Odio la máscara y vicio
del corredor de mi hotel:
me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar:
el arroyo de la sierra
me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
que arde y brilla en el crisol:
a mí denme el bosque eterno
cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
burbullendo en la redoma:
prefiero estar en la sierra
cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
pilares para su altar:
¡en mi templo, en la montaña,
el álamo es el pilar!

Y más cosas de fantasía, y de concordancias bellas, y de figuras que sorprenden, y de evocación, y de su gestión:

Duermo en mi cama de roca
mi sueño dulce y profundo:
roza una abeja mi boca
y crece en mi cuerpo el mundo.

Este americano singular había frecuentado a los cíclicos orientales y a todos los grandes poetas de la tierra. Por eso las palabras, las frases, los símbolos, toman en él en cuanto los expresa, un sentido de universalidad.

De pronto, es una «saudade», un recuerdo hondamente melancólico de un amor que pasó. El vasto patriota fué un formidable amante. Su lenguaje pasional no es el de los corrien-

tes madrigales, sino el de la misma vida. La naturaleza es su cómplice. Las cosas más comunes le sirven poéticamente. Y narra en verso, con la sencillez de la prosa de los sucesos usuales; mas con cuánta emoción comunicativa.

Yo visitaré anhelante
los rincones donde a solas
estuvimos yo y mi amante
retozando con las olas.

Solos los dos estuvimos,
solos, con la compañía
de los pájaros que vimos
meterse en la gruta umbría.

Y ella, clavando los ojos,
en la pareja ligera,
deshizo los lirios rojos
que le dió la jardinera.

La madre selva olorosa
cogió con sus manos ella,
y una madama graciosa,
y un jazmín como una estrella.

Yo quise, diestro y galán,
abrirle su quitasol;
y ella me dijo: «¡Qué afán!
¡Si hoy me gusta ver el Sol!»

«Nunca más altos he visto
estos nobles robledales:
aquí debe estar el Cristo,
porque están las catedrales.»

«Ya sé dónde ha de venir
mi niña a la comunión;
de blanco la he de vestir
con un gran sombrero alón.»

Después, del calor al peso,
entramos por el camino,
y nos dábamos un beso
en cuanto sonaba un trino.

¡Volveré, cual quien no existe,
al lago mudo y helado:
clavaré la quilla triste:
posaré el remo callado!

En la eclosión primero y en la retención después, ¿quién no mira la novela de amor dicha con modos filomelicos? Y luego, él concentrará lo que piensa de su vigor y de su gracia líricos, pues bien sabía, como todos los grandes conscientes, el valor de su verbo armonioso y melodioso: su dominación ideal y su ágil instinto de ave, según el instante, águila o ruiseñor.

Si ves un monte de espumas
es mi verso lo que ves:
mi verso es un monte, y es
un abanico de plumas.

Mi verso es como un puñal
que por el puño echa flor:
mi verso es un surtidor
que da un agua de coral.

Mi verso es de un verde claro
y de un carmín encendido:
mi verso es un ciervo herido
que busca en el monte amparo.

Mi verso al valiente agrada:
mi verso, breve y sincero,
es del vigor del acero
con que se funde la espada.

Luego recordará al «padre profundo», a la hermana que adoró. Y

Si quieren que a la otra vida
me lleve todo un tesoro,
¡llevo la trenza escondida
que guardo en mi caja de oro!

Y que es de oír al cubano ardoroso, al padre de su patria, al soñador de la estrella solitaria, al combatiente que moriría por las balas españolas, después de haber combatido con mente y brazo, contra la dominación española, hacer nobles versos a la madre patria opresora y enemiga: a la provincia en donde más encuentran afinidades sus sentimientos y su carácter:

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá en la vega florida,
la de la heroica defensa,
por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazarro,
calza la manta el baturro
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso:
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano:
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.

Después es la evocación de «un amigo muerto—que suele venirme a ver», con ecos de balada nórdica. O el cuento de «la niña de Guatemala,—la que se murió de amor.» Luego un cuadro semejante al de Sargent, una bailarina española, posiblemente la misma Carmencita, en Nueva York. De esto y de otros temas os hablaré en un tercero y último artículo sobre Martí poeta.

RUBÉN DARÍO

SOTILLO Un nombre
de garantía

::: al pie de su trabajo fotográfico :::